

palabras de Trump. Protestó con una letanía que dice “Los judíos no nos reemplazarán” en un mitin de supremacistas blancos en Charlottesville, Virginia, en 2017, y se refirió a los organizadores de la construcción de un muro fronterizo privado en El Paso y Nuevo México, quienes pidieron donaciones, prometiendo que un cachito de muro detendría la “invasión” e insistiendo en que el proyecto tenía la “bendición” de Trump. Entre quienes apoyaban la causa se encontraban el hijo de Trump Don Jr. y el exasesor de Trump en la Casa Blanca Steve Bannon. Bannon y otros tres fueron acusados en agosto de 2020 de estafar a los donantes y desviar veinticinco millones de dólares de la recaudación de fondos. Bannon se declaró inocente.

Solo días después de la recaudación en YouTube, el tirador llegó a El Paso con un propósito: borrar la historia de mi familia y la de más de 35 millones de mexicoamericanos —miles de ellos pasan por esta frontera hacia el norte para reinventarse y reabastecer a Estados Unidos—. En menos de tres minutos, mató a veintitrés personas e hirió a otras veintitrés, muchas de ellas compradores mexicanos que habían cruzado la frontera esa mañana para gastar sus pesos convertidos a dólares en el llamado “Walmart mexicano”, justo al lado de la interestatal 10, que conecta a El Paso con Ciudad Juárez.

México condenó justamente la matanza. Prometió responsabilizar al asesino y a los fabricantes de armas. El secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, incluso convocó una cumbre de líderes de países de habla hispana para desarrollar una estrategia para combatir la supremacía blanca. Yo me uní a un grupo de autores y periodistas de El Paso para compartir el dolor y horror de nuestra región con vecinos en México.

“Si los supremacistas blancos están incitando el odio y las divisiones raciales, ¿cuál es nuestra respuesta? Tenemos que definir esa respuesta, defender nuestra cultura, idioma, civilización, nuestra existencia”, me dijo Roberto Velasco, ahora director general para América del Norte en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Meses después, vi con consternación cómo López Obrador se paró junto a Trump y les dijo a los estadounidenses que “su presidente se ha comportado con amabilidad y respeto” hacia los mexicanos. Trump sonrió.

Recientemente manejé sobre la recién construida carretera Loop 375, que pasa por encima del río Grande y la valla fronteriza. Se asoma Ciudad Juárez, sobre barrios marginales, la estatua de un cigarrillo y un supermercado. Me quedo mirando al horizonte: las montañas grises y secas, Cristo Rey arriba de una de ellas. El río Grande se convierte en río Bravo. Este es el punto donde las dos naciones, idiomas y culturas de mi familia se mezclan y se convierten en una sola tierra en el extremo más lejano de Texas, Nuevo México y Chihuahua.

Como hijo de México y de la frontera, mi perspectiva solía ser privilegiada. Ya no. Pienso en los fundadores de este país y el gran experimento en el que se embarcaron hace siglos en Filadelfia con ideales como “todos somos creados iguales”. ¿Sería un gran mito?

Esa pregunta está en juego en las elecciones del 3 de noviembre. No importa quién gane la elección presidencial, sanar la herida empieza aquí en la frontera con su muro en construcción, de pie como escenografía de una mala obra de teatro. Sanar no será fácil. —

**ALFREDO CORCHADO** es corresponsal del *Dallas Morning News*. Su libro más reciente es *Patrias* (Debate, 2019).

## Después del otoño

ANA FUENTES

Se ha repetido mucho estos meses que Pekín y Washington atraviesan su peor momento desde que normalizaron sus relaciones diplomáticas en 1979. Es cierto, y la crisis de la covid-19 ha crispado aún más el ambiente, pero no olvidemos que a ambas partes les interesa exagerar la tensión.

El presidente Donald Trump lleva años usando la dureza con China como marca personal. En su campaña de 2016 acusó al país asiático de haber perpetrado “el mayor robo de la Historia”, refiriéndose al déficit comercial, que entonces era de 346,000 millones de dólares. Se comprometió a reducirlo y durante tres años tensó la cuerda a base de amenazas y aranceles, algunos muy lesivos, otros sin recorrido. En enero, ambas partes firmaron un acuerdo temporal que no resolvía las cuestiones de fondo, pero les daba margen para seguir haciendo negocios.

Era previsible que, al empezar la campaña electoral, Trump fuese cada vez más vehemente con Pekín, pero la pandemia aceleró el ritmo. En marzo, el presidente estadounidense había alabado a Xi Jinping por su gestión del coronavirus. Cuando la covid-19 se extendió por Estados Unidos con decenas de miles de muertos, el empleo empezó a desplomarse y su popularidad cayó en los sondeos, Trump invirtió la estrategia y empezó a hablar del “virus chino”.

La realidad es que la covid-19 no ha provocado los mismos estragos en China que en Occidente. A pesar de que las cifras oficiales son cuestionables, supieron movilizar-se antes porque pesó la experiencia



Fotografía: Kanov Antyem/TASS via ZUMA Press

del SARS, entre otros. Esto ha hecho que algunos analistas internacionales caigan en la trampa de alabar el modelo chino, e incluso se pregunten públicamente si una gestión autoritaria como la de Pekín habría permitido salvar más vidas.

En el corto plazo, la errática gestión de Trump le ha servido a Pekín para darse lustre. ¿Qué pasará si gana en noviembre? En su agenda para un segundo mandato ha colocado como tercera prioridad terminar con la dependencia de China, por detrás de erradicar la pandemia y crear empleo. El problema es que tres décadas de interdependencia comercial no se deshacen a golpe de decreto. Cuando Trump dice que las cadenas de suministro podrían repatriarse, no explica que reorientar la política industrial sería un proceso largo, que provocaría presiones inflacionistas y la subida de los costos de producción. Tampoco admite que la mayoría de las empresas

estadounidenses no están dispuestas a marcharse de la segunda economía del mundo.

La interconexión entre ambos países es tal que Trump puede terminar haciendo mucho daño a las compañías estadounidenses. El pasado agosto, el ministro de Exteriores chino, Wang Yi, se encargó de subrayar la interdependencia: “De las relaciones sinoamericanas dependen 2.6 millones de empleos en Estados Unidos”, declaró a la agencia de propaganda Xinhua.

¿Y si el próximo inquilino de la Casa Blanca fuera Joe Biden? En esa misma entrevista, Wang Yi deslizó una sugerencia que venía de arriba: China quiere volver a la estrategia de ganancia mutua, la fórmula que usó la administración Obama en su estrategia del giro hacia Asia. Fue Obama quien encargó expresamente a Biden que cultivase una relación estrecha con Xi Jinping.

Entre 2011 y 2012 compartieron más de veinticinco horas comiendo y paseando en privado, solo acompañados de sus intérpretes. Según las palabras de Biden, Xi es el líder con quien ha pasado más tiempo a solas.

En campaña el candidato demócrata también ha mostrado mano dura con China. Según las encuestas, es lo que piden muchos votantes. Un sondeo del Pew Research Center mostraba que dos de cada tres estadounidenses de ambos partidos desconfían del país asiático. El discurso de Biden, sin embargo, es multilateralista. El vicepresidente de Obama estuvo también al frente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Por su parte, no se esperan descuidos ni ofensas tan directas hacia Pekín como las que hemos visto en Trump. Los chinos saben que Biden les sacará los colores en temas de derechos humanos, como por ejemplo el encierro de más de un millón de uigures en campos de reeducación en Sinkiang. Les preocupa poco: siguen teniendo poder de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y haciendo negocios con quien les place.

Gane quien gane la Casa Blanca, Pekín habrá avanzado por un camino de no retorno. Xi Jinping cambió la Constitución para asegurarse un mandato vitalicio. China sigue financiando a sus empresas estatales, ha conseguido imponer su marco de control en Hong Kong y cada vez tiene más funcionarios en organismos internacionales.

Los chinos usan el refrán *qiū bō suàn zhàng* (literalmente, saldar las cuentas después del otoño) para expresar que hay que esperar a la mejor oportunidad para dejar las cosas claras. Veremos a qué interlocutor. —

**ANA FUENTES** escribe en *El País* y dirige el programa *Código de barras* en la Cadena SER. Fue corresponsal en Pekín y Nueva York. Es autora de *Hablan los chinos* (Aguilar).